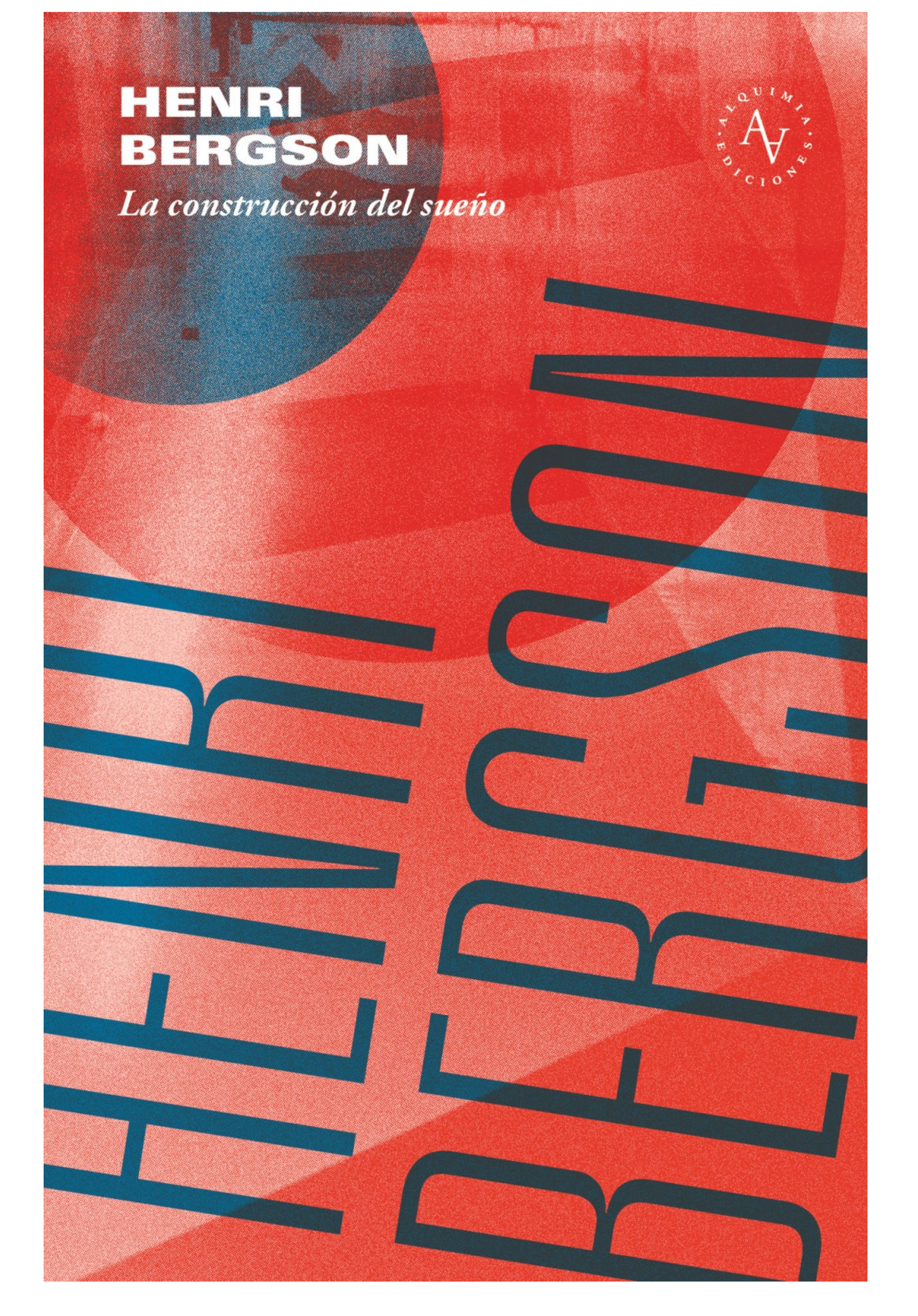

HENRI
BERGSON
La construcción del sueño
ALQUIMIA EDICIONES


HENRI
BERGSON
La construcción del sueño
ALQUIMIA EDICIONES

Henri Bergson

La construcción del sueño

ISBN: 978-956-9131-88-2

Este libro se ha creado con StreetLib Write (http://write.streetlib.com).

La construcción del sueño

Henry Bergson

Traducción de Fernando Correa Navarro

La construcción del sueño
Henri Bergson
Traducción de Fernando Correa Navarro
Título original: Le rêve

Colección: **Estados de Excepción**
Coordinación colección y edición general: Guido Arroyo González
Edición, corrección y notas: Julieta Marchant
Diseño editorial: Estudio Navaja

N. DE LA E.: *Le rêve* corresponde a una conferencia dictada por Bergson el 26 de marzo de 1901 en el Instituto de Psicología de París. Ese mismo año, fue publicada en la *Revue Scientifique*. La versión original está disponible en internet en *L'Observatoire de la vie littéraire*. Esta versión, por su parte, se trata de una traducción libre, sobre todo en lo que concierne a la disposición de los enunciados en la página, lo que se justifica por la intención del traductor de otorgarle un ritmo más cercano a la oralidad que a la escritura, es decir, acercar el texto a la escena primera en la que se desplegó.

"Estas impresiones son el material de nuestros sueños"

Es la cuestión del método, con toda probabilidad, uno de los puntos más controversiales que atraviesan la recepción del pensamiento y la filosofia de Henri Bergson. Este debate se anuda y se expresa con la compleja noción de intuición por medio de la cual avanzaron sus investigaciones. Dicho sea de paso, Bergson mismo reconoce esta dificultad en la exactitud de un uso tal de la intuición, si leemos con cuidado su *Introducción a la metafisica* (1903). El asunto ciertamente se resuelve en aquella densa y también compleja introducción de la serie de ensayos titulada *El pensamiento y lo moviente* (1934). En este cuadro, pienso, es que la escritura de *La construcción del sueño* (*Le rêve*), publicada en 1901, contribuye a entender el proceso mismo del pensamiento de Bergson y también este apunte metódico que acá queremos notar. Por dar solo una referencia crítica, de las múltiples que bien pudieren agregarse, este asunto es primordial para la interpretación de Bergson que realiza Deleuze en *El bergsonismo* (1963), dada la popularidad que alcanza el enfoque trascendental en la filosofia y la academia de la época. La intuición es un problema en la filosofia bergsoniana, pues la reflexión en torno a su sentido, pero

más fundamentalmente a su puesta en operación, habría de ser considerada como progresiva en relación con el decurso de su propia obra. Dicho en breve, la reflexión de un método propio para la filosofía coincide con su misma puesta en operación discursiva: he ahí que algo así como un discurso del método en Bergson no tendría ni lugar ni sentido en su proyecto filosófico: la verdad y la objetividad para Bergson no son tanto una cuestión de principio como de los efectos de verdad y objetividad que se expresan en la puesta en marcha de su peculiar estilo filosófico.

Si la intuición es un método, este debe sin duda proceder por un cierto reparto de reglas, una lógica que controle el régimen de proposiciones por medio de las cuales el pensamiento, bajo el signo de una filosofía, habría de obrar. No obstante, estas mismas reglas no necesariamente deben estar enunciadas ni mucho menos codi- cadas de modo previo, para que entren en una operación simple en el discurso que las promueve. La puesta en evidencia de estas observaciones en torno a la naturaleza del sueño, de la puesta en proceso de aquellas impresiones con que avanzan nuestros ensueños, no tendría ninguna consistencia si estas no estuviesen diseñadas por este extraño proceder del pensamiento puesto en movimiento por la intuición. Y esto es lo que expresa el movimiento mismo de nuestros sueños, los cuales, como apunta decididamente el texto de Bergson, lejos de sustraer o reducir nuestras facultades sensibles, las amplia, las profundiza. He ahí la razón tan real como fundamental de que las impresiones, que son la materia misma de nuestros sueños, sean imprecisas, indeterminadas, confusas, pues ponen en libertad, hacen entrar en un libre juego a ese conjunto de facultades que llamamos habitualmente subjetividad. En pocas palabras,

el sueño es quizás la evidencia más inmediata, al igual como ocurre en el arte, de que al lado de nuestras percepciones determinadas, acaso correctas y de finidas con claridad y distinción, existe y acaece otra modalidad de la experiencia que se funde con la materia misma del ser sensible que puebla esta dimensión onírica, la que, excitando nuestra subjetividad, coincide con la operación de nuestra memoria. Ahora podemos decir que aquella materia que puebla nuestros sueños es la memoria misma actualizando impresiones que no necesariamente se nos presentan en el estado de vigilia con precisión y definición. El sueño es la prueba, bajo esta cifra, de que la curva de la experiencia es algo más que nuestras percepciones definidas y determinadas.

Para Bergson la memoria es el Ser, el ser en cuanto tal. Nuestro presente, nuestra percepción clara y distinta que es nuestro presente, no conviene ser, puesto que en lo real actúa. Y es el proceso del sueño, esta facultad libre de la ensoñación, en toda su inmediatez, la que nos entrega la mejor evidencia de ello. “Cuando esta unión entre memoria y sensación se lleva a cabo, tenemos un sueño”, escribe Bergson. Este encuentro, esta unión o enlace entre el proceso de la memoria y aquel otro proceso de lo sensible, explica de forma suficiente el valor, la pertinencia y la actualidad que cobra la publicación de este libro. Decíamos que la memoria, y por extensión el pasado, es el Ser para la filosofia de Bergson. Y esto es uno de los avances en filosofia que introduce un texto que para muchos es fundamental: *Materia y memoria*, escrito en 1896. En aquel libro lo que se intenta resolver es el problema clásico del dualismo. Su subtítulo – *Ensayo sobre la relación entre el cuerpo y el espíritu*– parece dar suficiente razón a este entendimiento del asunto. *En La construcción*

del sueño se retoma este problema: el sueño no sería sino la relación misma entre el movimiento de nuestro espíritu liberado de las necesidades y exigencias de la vigilia con aquel otro movimiento que opera sin duda en los estados de hechos sensibles. Podríamos decir que el sueño es un tipo de mixto que procede por la alteración, siempre variante y diversa de sí, de dos series de variaciones: lo moviente de nuestro pensamiento y lo moviente de la materia sensible. En otras palabras, el sueño es *lo extensivo* siempre diverso de sí de la actualización de un puro ser de memoria puesta en agitación por un mínimo distinto de cero de conciencia que se despliega hacia su puro ser de sensibilidad. Y es por ello que los sueños, nuestras ensoñaciones, se muestran y se expresan con dosis altas de incoherencia, más allá de la siempre inventiva e imaginativa interpretación que podemos hacer de ellos. Si los sueños pueden ser sometidos a una interpretación, es decir, a una meditada y hasta sofisticada elucidación de su significado o poder significante, es en virtud de su propia expresión o potencia extensiva que ocurre en el proceso del encuentro entre memoria y sensación y que se nos presenta inmediatamente incomprensible y absurdo por el libre juego con que se entrecruzan y se mezclan sus formantes: el pensamiento y la materia. Y es por esta misma razón que el sueño es esencialmente insignificante, porque en su acaecer hace reaparecer los detalles más insignificantes de nuestra vida activa y consciente que requiere estar atenta a las exigencias que plantea la vida: "El yo de los sueños es un yo relajado", sentencia Bergson.

Para terminar, es relevante señalar la importancia de la salida pública de esta especie de opúsculo de la filosofía bergsoniana pues comparte ese lugar de gozne entre lo que ha descubierto Bergson en *Materia y memoria*, como

referíamos, y su otra obra capital, la más metafísica de su pensamiento a mi juicio, titulada *La evolución creadora* (1907). Quizás el otro texto que participa de esta situación que acá esbozamos sea su ensayo sobre estética que se recoge bajo el título de *La risa* (1900). Es un lugar de paso, pero también de transformación: lo que es cierto es que se puede entender las dos primeras obras de Bergson como textos eminentemente psicológicos por el carácter o la perspectiva que en su desarrollo exhiben. Incluso este libro sobre los sueños podría ser entendido en esa línea crítica o de investigación. Revisado en profundidad y atención, lo que hace Bergson es una cuidadosa operación de desmontaje de las tesis tradicionales que han dado una cierta sonomía al decurso del pensamiento filosófico en vista de liberar de todo condicionamiento trascendente e incluso idealista a las soluciones de determinados problemas clásicos de esta disciplina. Es por ello que hay una inmanencia en el proceso del dormir, pues en el proceso de transformación de los sueños se hace extensiva y se materializan las potencialidades que recorren el ejercicio de nuestro pensamiento. El sueño entonces, revisitado de esta manera, no sería sino una experiencia, tan habitual como peculiar y singular, que pone en libertad nuestra sensibilidad, la materia que la subtiende a través de aquella otra serie de variaciones que dan forma a nuestros recuerdos, un mixto complejo, a veces absurdo e incoherente, pero que señala de modo consistente los materiales que habitan y pueblan de modo siempre variante las alteraciones que se extienden en el campo de nuestra experiencia.

En cierto sentido, la experiencia del sueño nos señala, por su cotidianidad y habitualidad, que en el fondo nuestra experiencia –aquel subsuelo de la conciencia– no

sería sino artística, que su naturaleza, su carácter en definitiva, es eminentemente estética, no teórica ni especulativa como continuamente se ha querido establecer por la tradición.

Miguel Ruiz Stull
Enero, 2015

La construcción del sueño

El tema a discusión es muy complejo.

Revuela muchas preguntas, dificultades y oscuridades de diversos tipos: psicológicas, fisiológicas y metafisicas, que, para ser tratadas correctamente, exigen un largo desarrollo.

Teniendo tan poco espacio, pediré su permiso para prescindir de todo preámbulo. Dejaremos de lado lo inesencial e iremos inmediatamente al corazón del problema.

Un sueño es esto: percibo objetos y allí no hay nada.

Veo hombres, parece que hablo con ellos y escucho lo que responden.

No hay nada allí y no he hablado.

Es como si las personas reales y las cosas reales estuviesen en ese momento. Entonces, cuando despierto, todo ha desaparecido: cosas y personas.

¿Cómo es que esto ocurre?

Pero, primero, ¿es cierto que no hay nada allí?

Digo, ¿es que acaso no se nos ha presentado un tipo de sentido material a nuestros ojos, oídos, tacto, etcétera, tanto durante el sueño como en la vigilia?

Cierra los ojos y mira atentamente lo que ocurre en tu campo de visión.

Muchos podrían decir que no pasa nada, que no ven nada. Se necesita cierta práctica y capacidad de observarse a sí mismo de manera total para que esto no ocurra. Pero si esforzamos la atención, se distinguirán, poco a poco, muchas cosas.

Primero, en general, un fondo negro.

Sobre este fondo irán y vendrán destellos ocasionales.

Descenderán y ascenderán lentos y adormecidos.

Con mayor frecuencia: puntos de colores.

A veces bastante incipientes; otras, por el contrario para algunos, tan brillantes que la realidad no se puede comparar con ellos.

Estos puntos se expanden y contraen, cambian su forma y color. Se desplazan. A veces el cambio es lento y gradual; a veces, un torbellino vertiginoso.

¿De dónde proviene toda esa fantasmagoría?

Fisiólogos y psicólogos han estudiado estos juegos de colores. “Espectros oculares”, “puntos coloreados”, “fosfeno” son algunos de los nombres que recibe el fenómeno.

Los explican como pequeñas modificaciones dinámicas en la circulación retinal o mediante la presión de las telas oculares que, al plegarse sobre el ojo, causan la excitación mecánica del nervio óptico.

Pero la explicación del fenómeno y el nombre que se le da poco importa: ocurre universalmente y constituye, debo decir inmediatamente, la materia principal donde se delinean nuestros sueños.

De lo que están hechos.

Treinta o cuarenta años atrás, Alfred Maury y, por el mismo tiempo, el marqués d’Hervey de Saint-Denis observaron que, al momento de dormirse, estos puntos de colores y formas movedizas se consolidan, se acomodan, se trazan definitivamente.

Son los contornos de los objetos y de las personas los que pueblan nuestro sueño.

No obstante, es una observación que debe ser aceptada con recelo. Proviene de psicólogos medio dormidos.

Hace poco, un psicólogo estadounidense, el profesor Ladd de la Universidad de Yale, desarrolló un método mucho más riguroso.

Requiere cierto entrenamiento.

Consiste en adquirir el hábito de despertar por la mañana, manteniendo los ojos cerrados, y retardar por algunos minutos el sueño que se desvanece del campo de visión y que pronto, indudablemente, abandonará nuestra memoria.

Uno ve las figuras y los objetos del sueño consumirse lentamente en fosfones, identificándolos con los puntos coloreados que el ojo percibe cuando los párpados están cerrados.

Uno lee, por ejemplo, un diario.

Ese es el sueño.

Uno despierta y aún yace el diario. Sus contornos reales son borrados, solo un punto blanco de marcas blancas aquí y allá.

Esa es la realidad.

Nuestro sueño nos lleva a altamar –alrededor nuestro, el océano esparce sus olas alba-amarillo-gris con una corona de espuma blanca–. Al despertar, todo se ha perdido en un gran punto, mitad amarillo y mitad gris, lleno de puntos brillantes.

El punto estuvo allí, los puntos brillantes también. Ante nuestra percepción, se presenta un polvo visual. Y este es el polvo del cual se ha servido el sueño para su fabricación.

¿Es esto así?

Aun considerando la sensación de la vista, tenemos que agregar a estas sensaciones visuales –que debiésemos llamar internas– todas aquellas que seguimos percibiendo a través de fuentes externas.

Los ojos, cuando se cierran, todavía distinguen luz de sombra. Es más, a cierta longitud, diversas luces.

Estas sensaciones de luz, que emanan desde lo indeterminado, son la ciénaga de muchos de nuestros sueños.

Una vela encendida repentinamente en el cuarto, por ejemplo, sugestiona al durmiente, si su dormir no es muy profundo, a un sueño dominado por la imagen del fuego, la idea de un edificio en llamas.

Permítanme citarles dos observaciones de Tissié con respecto a este tema:

"B. León sueña que el teatro de Alejandría está en llamas. La luz enciende todo el lugar. De pronto, se encuentra transportado a una fuente, en la mitad de la plaza pública. Una línea de fuego se estira por las cadenas que conectan los postes, que rodean los márgenes. Después, está en París, en una exposición en llamas. Forma parte de escenas terribles, etc. Despierta con una noción. Sus ojos capturan los rayos de luz, proyectados por las sombrías linternas nocturnas de las enfermeras, que se encienden al pasar junto a su cama".

“M. Bertrand sueña que está en la infantería de marina donde sirvió. Se dirige a Fort-de-France, a Toulon, a Lorient, a Crimea, a Constantinopla. Ve relámpagos, escucha truenos. De la boca de los cañones ve fuego. Despierta con una noción. Como B, despertó con la luz proyectada de las oscuras linternas de las enfermeras”.

Tales son los sueños que, frecuentemente, son provocados por la luz repentina y brillante.

Diferentes son aquellos sugestionados por una luz moderada y continua, como la de la luna.

“A. Krauss nos cuenta cómo un día al despertar percibió que extendía su brazo alrededor de lo que, en su sueño, parecía ser la imagen de una joven. Poco a poco esta imagen se mezcló con la luz de la luna, que acariciaba sus rayos sobre él”.

Es curioso que uno pueda citar otros ejemplos de sueños en los que los rayos de la luna evoquen apariciones virginales.

¿No podríamos suponer que tal poder pudiese haber sido el origen de la fábula de Endimión?

He hablado de sensaciones visuales.

Son las principales, sin embargo, las sensaciones auditivas también lo son.

Primero, el oído tiene, también, sensaciones internas: zumbidos, cliqueos, silbidos difíciles de aislar y percibir

mientras estamos despiertos, pero, claramente, distinguibles en el sueño. Así, una vez dormidos seguimos escuchando sonidos externos: el crujir de los muebles, el quiebre del fuego, la lluvia pegando en la ventana, el viento jugando con su escala cromática en la chimenea.

Tales son los sonidos que llegan al oído del durmiente. Y que convierten al sueño, según las circunstancias, en conversaciones, cantos, llantos, música, etcétera.

Tijeras golpeteaban en el oído de Alfred Maury mientras dormía. Inmediatamente, soñó que escuchaba el sonido de una alarma que lo hacía ser parte de los hechos en junio de 1848.

Tales observaciones y experiencias son numerosas. Aunque, apresurémonos a decir, el sonido no juega un rol tan importante como el color.

Nuestros sueños son, casi todos, visuales, incluso más visuales de lo que pensamos.

A quién no le ha pasado –como Max Simon ha subrayado–: hablar en un sueño con cierta persona, soñar toda la conversación y entonces, de pronto, un fenómeno desarticula la atención del soñante.

Percibe que no habla, que no ha hablado. Su interlocutor no ha emitido ni una sola palabra. Ha sido un simple intercambio de pensamientos, una conversación bastante clara, en la cual, sin embargo, nada se ha oído.

El fenómeno es fácilmente explicable: en general, para

nosotros, escuchar sonidos en el sueño es necesario.

Desde la nada no podemos hacer nada. Y cuando no estamos provistos de material sonoro, nos resultaría muy dificil crear sonoridad.

Hay mucho más para decir sobre las sensaciones auditivas, como sobre las del tacto, pero debo apurarme.

Podríamos hablar horas acerca del singular fenómeno que resulta de las confusas sensaciones del tacto durante el sueño.

Estas sensaciones, mezcladas con las imágenes que ocupan nuestro campo visual, se modifican o se acomodan por sí solas.

Usualmente, en la mitad de la noche, el contacto de nuestro cuerpo con sus ropas nos recuerda que estamos ligeramente vestidos. Entonces, si nuestro sueño nos está llevando por la calle, es en su simple vestidura que presenciamos la llama de lo pasajero, sin dejar de parecer impactados.

Nos impactamos en el sueño, pero eso nunca parece ocurrirles a otras personas. Cito esto pues es frecuente.

Hay otras formas en que lo experimentamos: sentir que se flota en el aire o el espacio.

Una vez tenido ese sueño, seguramente, se repetirá. Y cada vez que pase, el soñador razonará de esta manera: “Lo he hecho antes, la ilusión de volar o flotar, pero esto es

lo real. He probado, de cierta manera, que podemos librarnos de las leyes de la gravitación".

Ahora, si despiertas de forma abrupta e inmediatamente lo predispones, se puede analizar sin problemas.

Sentirás que, indudablemente, tus pies no están tocando el suelo. Y, sin sentirte dormido, nunca pierdes la perspectiva de tu horizontalidad. Por lo tanto, desde que no estás acostado y tus pies no sienten resistencia, la conclusión natural es que estás flotando en el aire.

Adviértase esto: cuando la levitación acompañe al vuelo, es que te esfuerzas de un solo lado.

Y si despertaste en ese momento, te darás cuenta de que es el lado en el cual yaces y de que la sensación de esfuerzo coincide con la sensación real, dada por la presión de tu cuerpo, en la cama.

Esta sensación de presión, disociada de su causa, se convierte en una pura y simple sensación de esfuerzo, que, junto con la ilusión de flotar en el espacio, produce el sueño.

Es interesante ver que esta sensación de presión establece, por decirlo de alguna manera, el nivel de nuestro campo visual y toma cierta ventaja de la luminosa polvareda en que se encuentra. Efecto de la transformación en formas y colores.

Max Simon nos habla de un extraño y doloroso sueño: dos pilas de monedas de oro, de peso desigual, se le

pusieron delante. Por alguna razón, tenía que igualarlas. No lo podía hacer. Esto le produjo un sentimiento de angustia extrema. Este sentimiento crecía a cada momento. Finalmente despierta y se da cuenta de que una de sus piernas estaba cautiva en las tapas de la cama, estando desiguales, sin poder juntarlas.

De aquí la sensación de desigualdad.

Irrumpe dentro del campo visual y, entonces (así es la hipótesis que propongo), tenemos que uno o más puntos amarillos están expresados en sí mismos, visualmente, por la desigualdad de una de las dos pilas de monedas de oro.

Hay, entonces, una inmanencia en las sensaciones táctiles durante el dormir, una tendencia a visualizarse y adentrarse, de esta manera, en el sueño.

Más importante aún que las sensaciones táctiles, son las que pertenecen a lo que algunas veces se llamó toque interno: sensaciones profundas que emanan de todas partes del organismo y, particularmente, de las vísceras.

Uno no puede imaginar los grados de percepción y de precisión que se pueden obtener, durante el sueño, con estas sensaciones. Su certeza ya existe durante el despertar. Pero, entonces, nos distraemos con las acciones prácticas.

Vivimos fuera de nosotros. El sueño nos hace adentrarnos en retiro.

Ocasionalmente pasa que quienes están predispuestos a la laringitis, amigdalitis, etcétera, sueñan que son atacados

por su afección y experimentan una desagradable comezón en un costado de la garganta. Cuando despiertan, no sienten nada más. Creen que fue solo una ilusión que, unas horas más tarde, se volverá realidad.

Se pueden citar enfermedades y accidentes de muerte, ataques de epilepsia, infecciones cardíacas, etcétera, visualizados y propiciados por los sueños.

No nos sorprendamos de que filósofos como Schopenhauer hayan visto en los sueños una reverberación, en el corazón de la conciencia, de las perturbaciones emanadas por la simpatía con el sistema nervioso. Y psicólogos como Scherner atribuyeron a cada uno de nuestros órganos el poder para determinar el tipo de sueño que se representa, por decirlo de alguna forma, simbólicamente. Y finalmente, físicos como Artigues han escrito tratados sobre la importancia semiológica del sueño, es decir, sobre el método de hacer uso de los sueños para el diagnóstico de ciertos males.

Hace poco, Tissié muestra lo específicamente conectados que están los sueños con las afecciones del aparato digestivo, respiratorio y circulatorio.

Haré un resumen de lo que estoy diciendo.

Cuando dormimos de manera natural, no es necesario creer como se cree que nuestros sentidos se encuentran cerrados a las sensaciones externas.

Siguen en funcionamiento.

Actúan, es cierto, con menos precisión, pero en compensación abrazan un huésped de impresiones subjetivas, que se vuelven imperceptibles cuando estamos despiertos. Reaparecen, por sí solas, en el sueño.

Entonces, nuestra facultad de percibir, lejos de estar delimitada por el sueño en todos sus puntos, es, por el contrario, extendida en ciertas direcciones de sus campos de operación. Es cierto que, usualmente, pierde en energía y tensión lo que gana en extensión.

Solo nos trae impresiones confusas.

Estas impresiones son el material de nuestros sueños. Pero no son suficientes para producirlos, son vagas e indeterminadas.

Tomemos a las que juegan el rol principal, cambios de color y forma que se despliegan ante nosotros cuando nuestros ojos están cerrados.

Hay líneas negras sobre un fondo blanco.

Debieran representar al soñante la página de un libro, o la fachada de una nueva casa con oscuros campos, o cualquier número de cualquier otra cosa. ¿Quién elegirá? ¿Cuál es la forma que imprime decisión sobre la indecisión de ese material?

Esta forma es la memoria.

Déjenme hacer notar que el sueño, en general, crea nada.

Indudablemente, deben ser citados algunos ejemplos artísticos, literarios y científicos.

Recordaré solamente la muy conocida anécdota de Tartini, compositor y violinista del siglo XVIII.

Mientras intentaba componer una sonata y la musa lo evadía, se fue a dormir. En su sueño, vio al diablo que asía un violín. Tocó, con gran maestría, la tocata que Tartini aún no componía.

La escribió apenas despertó. Ha llegado a nosotros bajo el nombre de *La sonata del Diablo*.

Aunque es muy dificil distinguir entre historia y leyenda, debemos aceptar ciertos hechos que le dan autenticidad.

Ahora, no he sido capaz de encontrar nada más que un ensayo del novelista inglés Stevenson. En su curioso trabajo titulado "Un capítulo sobre los sueños", el autor nos explica que compuso su historia más original, o al menos la bosquejó, en el sueño.

Lean el capítulo con cautela, verán que, en cierta época, Stevenson tenía un estado psíquico parecido. Le era dificil saber si estaba dormido o despierto.

Me parece que esto es cierto.

Cuando la mente crea, aunque en realidad debería decir: cuando es capaz de organizar y sintetizar –necesario para triunfar por sobre ciertas dificultades: resolver un problema, producir un trabajo viviente de la imaginación–, no estamos realmente dormidos o al menos esa parte de nosotros, que trabaja, no es la misma que sueña.

Entonces, no podemos decir que ese es un sueño.

En el sueño, propiamente hablando, se absorbe toda nuestra personalidad.

Son los recuerdos, y solo los recuerdos, quienes mecen la red onírica, aunque a veces no los reconocemos. Quizás son recuerdos muy antiguos, olvidados durante la vigilia. Dibujados en las más oscuras profundidades de nuestro pasado.

Usualmente son recuerdos de objetos que percibimos discretamente, casi inconscientemente, mientras despertamos; o pueden ser fragmentos de recuerdos, recogidos de aquí y de allá, unidos por el azar.

Todos componen un relato incoherente e incognoscible.

Ante esta compleja relación de imágenes, que parecen no presentar ninguna significancia, nuestra inteligencia busca una explicación, trata de llenar la *lacunae.*

La completa llamando a otros recuerdos. Estos se presentan con las mismas deformaciones e incoherencias. Piden su turno a una nueva explicación y así

indefinidamente. Pero, por el momento, no insistiré en este punto.

Me es suficiente decir, y así responder la pregunta que he propuesto, que el poder formativo de los materiales se acomoda al sueño por los diferentes sentidos. El poder que convierte los objetos determinados y precisos en vagas y distintas sensaciones, que el soñante recibe en sus ojos, oídos y en toda la superficie e interior de su cuerpo, es la memoria.

¡La memoria!

En el estado de vigilia, los recuerdos vienen y van, ocupan nuestra cabeza. Pero siempre hay recuerdos que están conectados a nuestra situación actual, nuestra ocupación, nuestra acción presente.

Vuelvo sobre el libro del marqués.

Esto es porque estoy discutiendo el tema de los sueños y la orientación de la actividad de mi memoria.

Los recuerdos que evocamos mientras estamos despiertos, sin importar la distancia a la que estén de su primera aparición, están de alguna manera conectados.

¿Cuál es el rol de la memoria en un animal?

En el hombre, la memoria es, indudablemente, menos esclava de la acción. Y ambas van de la mano.

Nuestros recuerdos, de cualquier momento, forman un

entramado sólido, una pirámide. Como un punto insertado dentro de la acción presente. Pero tras los recuerdos que conciernen a nuestras ocupaciones, se revelan algunos significados. Hay otros, miles, guardados tras la iluminada escena de la conciencia.

Sí, creo, indudablemente, que toda nuestra vida pasada está ahí. Preservada hasta el más ínfimo detalle. No olvidamos nada.

Todo lo que sentimos, percibimos, pensamos, ansiamos desde el primer despertar de nuestra conciencia sobrevive indestructiblemente.

Los recuerdos preservados, en esta oscura profundidad, están allí como fantasmas.

Aspiran, quizás, a la luz, pero ni intentan hacerlo. Saben que es imposible y que yo, como un ser vivo y en movimiento, tengo algo más importante que ocuparme de ellos.

Pero supongamos que, en un momento dado, me desentiendo de una situación presente en una acción presente. Supongamos, en otras palabras, que estoy dormido.

Entonces, estos recuerdos perciben que me he liberado de los obstáculos. Abren la celda que los tenía cautivos bajo el piso de la conciencia, aparecen de las profundidades. Se levantan, se mueven, realizan una danza macabra en la noche del inconsciente.

Corren juntos a la puerta que ha quedado abierta.

Todos quieren pasar, pero no pueden, son muchos. De las multitudes que los llaman, ¿cuál será el elegido?

No es difícil saberlo.

Antes, cuando estaba despierto, los recuerdos que salieron al camino eran aquellos que estuvieron envueltos, de alguna manera, con la situación presente. Lo que vi y escuché a mi alrededor.

Ahora, hay más imágenes vagas que se cruzan ante mi vista. Más sonidos indefinidos que afectan mi oído, más tactos indefinidos que molestan a la superficie de mi cuerpo. Aunque también hay numerosas sensaciones que se despiertan de lo más profundo del organismo.

Entonces, entre los fantasmas de la memoria, que aspiran a llenarse de color, sonoridad y materialidad, los únicos que toman forma son aquellos que se pueden asimilar con la texturacolor que percibimos, las sensaciones externas e internas que asimos, etcétera. Las cuales, además, responden al tono afectivo de nuestra sensibilidad general.

Cuando esta unión entre memoria y sensación se lleva a cabo, tenemos un sueño.

En las *Enéadas*, el lósofo Plotino, intérprete y continuador de Platón, nos explica cómo el hombre viene a la vida. Dice que la naturaleza bosqueja el cuerpo a sus propias fuerzas y que nunca completa la tarea. Por otro

lado, las almas no habitan en el mundo de las ideas, no son capaces de actuar por sí solas ni de pensar en movimiento. Flotan más allá del espacio y el tiempo.

Sin embargo, de entre todos los cuerpos hay algunos que responden, por su forma, a las aspiraciones de un alma en particular.

Estos se reconocen.

El cuerpo, que no viene completo en su posibilidad natural, se alza hacia el alma que le da vida completa. Y el alma, mirando por sobre el cuerpo y creyendo que percibe su propia imagen como en un espejo, se fascina y se deja caer en él.

Cae y esta caída es vida.

Puedo comparar estas almas aisladas con los recuerdos pulsados en la oscuridad del inconsciente.

Por otro lado, nuestras sensaciones nocturnas rememoran estos cuerpos incompletos.

La sensación es cálida, coloreada, vibrante y casi llena de vida, pero vaga.

El recuerdo está completo, pero etéreo y sin vida.

La sensación desea encontrar una forma donde amoldar sus vagos contornos. La memoria podría llegar a obtener este material si, poco a poco, se calibra.

Dibujarse mutuamente.

El fantasma de la memoria se hace piel en la sensación que trae consigo carne y sangre, convirtiéndose en un ser con vida propia, un sueño.

El nacimiento de un sueño no es entonces un misterio.

Nos retrae al nacimiento de nuestras percepciones. El mecanismo del sueño es el mismo, en general, que el de la percepción normal.

Al percibir un objeto real, nuestra memoria le agrega aspectos sensibles.

Cuando lees un libro, cuando ves a través de tu diario ¿supones que todas las letras impresas se dirigen a tu conciencia?
En ese caso, el día entero no sería su cientemente largo para leer.

La verdad es que ves, en cada palabra y en cada frase, solo algunas letras o marcas características suficientes para adivinar el resto. Todo el resto, que piensas que ves, se te entrega como una alucinación. Hay numerosos y terminantes experimentos que no dejan duda al respecto.

Citaré solo los experimentos de Goldscheider y Müller.

Estos inscriben o imprimen algunas fórmulas de uso común: “No entrar”, “prefacio a la cuarta edición”, etcétera. No obstante, se preocuparon de escribir las letras de forma

incorrecta, cambiándolas y, ante todo, omitiéndolas.

Estas sentencias fueron expuestas en un cuarto oscuro. La persona que sirvió como materia del experimento se ubicó ante ellas, sin saber, por supuesto, lo que había sido escrito. Luego, la inscripción se iluminaba por una luz eléctrica momentánea, tan corta que el observador no era capaz de percibir realmente las letras.

Empezaron determinando, experimentalmente, el tiempo necesario para ver una letra del alfabeto. Así, se volvió fácil configurar el espectro a percibir por el observador.

Sin embargo, alcanzaba a leer la frase completa, sin dificultad. Pero esto no es el punto más instructivo de este experimento.

Si se le interroga cuáles son las letras que está seguro de haber visto, seguramente son, por supuesto, las realmente escritas. Pero también pueden ser letras ausentes, o letras reemplazadas por otras, o simplemente omitidas. Consecuentemente, el observador verá diferente a la luz la letra que no existe, si esa letra, según el sentido común, debe entrar en la frase.

Los caracteres, que afectan ostensiblemente al ojo, han sido utilizados solo para servir como indicador de la memoria inconsciente del observador. Esta memoria descubre la repetición correcta (por ejemplo: i, e.) y encuentra la fórmula de esos caracteres, proyectando la repetición hacia afuera, de un modo alucinatorio.

Es esta repetición, y no las palabras mismas, lo que el

observador ha visto.

Es, por consiguiente, demostrable que la lectura rápida es, en gran parte, un trabajo de adivinación, pero no de una abstracta.

Es una externalización de recuerdos que toma posesión de una cierta extensión de la realización parcial que encuentran aquí y allá cuando se llevan a cabo.

Entonces, en el estado de vigilia y en el conocimiento que obtenemos de los objetos reales que nos rodean tenemos un procedimiento que deviene continuamente, casi de la misma naturaleza que los sueños.

Percibimos solo un boceto de los objetos.

Este boceto apela a una memoria total. Y esa memoria total, que de por sí es inconsciente o un estado del pensamiento, entra para luego salir.

Es este tipo de alucinación la que se inserta y se ajusta dentro del conjunto de lo que percibimos.

Es un proceso corto: mucho más rápido hacer eso que ver la cosa en sí misma. Además, hay observaciones interesantes que hacer a la conducta y actitud de las imágenes de la memoria, durante la operación. No es necesario suponer que están ahí, en un estado de quieta impresión.

Son como el vapor en una cacerola, bajo más o menos tensión.

Al momento de que el boceto toma forma, es como si se agrupasen en familias. Según sus relaciones y semejanzas.

Existen experimentos de Münsterberg, antes de los de Goldscheider y Müller, que confirman esta hipótesis, aunque con propósitos que eran diferentes.

Münsterberg escribió palabras correctas. Fueron, además, inusuales. Palabras aisladas, usadas al azar.

Nuevamente, la palabra fue expuesta por un breve lapso, para poder ser leída completa.

Ahora, mientras el observador miraba la palabra escrita, alguien habló otra palabra en su oído, con diferente significación.

Esto es lo que ocurrió: declaró que había visto una palabra que no era la escrita, pero que le hacía recordar el concepto general y que, además, le remitía, en su significado, a la palabra dicha en su oído.

Por ejemplo: la palabra escrita fue "tumulto" y la dicha "vía de tren". El observador leyó "túnel". La palabra escrita fue "Trieste" y la dicha "Verzwei ung" (miseria). El observador leyó "Trost", que significa "consolar".

Es como si la frase "vía de tren" pronunciada al oído despertase, sabiendo o no, esperanzas conscientes, en una extensión de recuerdos, que tiene alguna relación con la idea de "vía de tren" (auto, viaje, vía, etcétera). Pero esto es solo una esperanza, y la memoria que espera llegar a la

conciencia se moldea en la sensación presente.

Tal es el mecanismo de la verdadera percepción y tal es el del sueño.

Ambos casos son, por un lado, impresiones reales sobre órganos sensoriales y, por otro, recuerdos cubiertos que ganan vitalidad por propia fuerza.

Pero, entonces, ¿cuál es la diferencia esencial entre percibir y soñar?

¿Qué es el sueño?

No pregunto, claramente, cómo el sueño puede explicarse psicológicamente. Esa es una interrogante especial que, además, está lejos de ser zanjada. Pregunto:

¿Qué es el sueño psicológicamente?

Nuestra mente continúa ejercitándose cuando estamos dormidos. Lo hace consigo misma, como lo hemos visto en elementos análogos a los de la vigilia: sensaciones y recuerdos.

Aunque tengamos, por un lado, una percepción normal y, por otro, el sueño. ¿Cuál es la diferencia?

Repito: ¿cuáles son las características psicológicas del estado onírico?

Debemos desconfiar de las teorías. Hay muchas de ellas sobre este punto.

Algunas dicen que el sueño consiste en aislarse del mundo externo, en cerrar los sentidos. Pero hemos demostrado que nuestros sentidos continúan en funcionamiento.

Ellos proveen el delineamiento o, al menos, el punto de partida de la mayoría de nuestros sueños.

Algunos dicen: "Dormir es detener las facultades superiores de la mente". Hablan de un tipo de parálisis momentánea de los estados centrales.

No pienso que eso sea correcto.

En un sueño, indudablemente, nos hacemos indiferentes a la lógica, pero no incapaces.

Hay sueños donde razonamos correctamente e, incluso, hilamos muy fino. Casi debo decir, medio paradójicamente, que el error del soñador es razonar mucho. Podría evitar el absurdo, si se mantuviese como un simple espectador en la procesión de imágenes que lo componen. Pero cuando a toda costa desea la explicación, este no puede ser más que un razonamiento confuso, que bordea el absurdo.

Reconozco, de hecho, que nuestras facultades intelectuales superiores están relajadas en el sueño.

La lógica del soñador es muy delicada, muchas veces recuerda solo una mera parodia.

Pero uno podría decir mucho de nuestras facultades durante el sueño. Es, entonces, no por la suspensión del razonamiento ni menos por cerrar los sentidos como se caracteriza.

Hay algo más esencial. Necesitamos algo más que teorías. Necesitamos un íntimo contacto con los hechos.

Uno debe hacer el experimento decisivo, sobre sí mismo.

Es necesario que, saliendo del sueño, puesto que no podemos analizarnos en el sueño mismo, debamos poner atención a la transición del dormir al despertar. Seguirla lo más cerca posible, tratando de expresar, en palabras, lo que experimentamos en ese pasaje.

Es dificil, pero debemos forzar la atención.

Permitan, entonces, al escritor dar el ejemplo con su experiencia personal para hablar de un sueño reciente y de lo que logró al salir.

El soñador habló ante una asamblea, escribe un manuscrito político frente a ella. Entonces, del medio del auditorio, una rosa susurra. El susurro aumenta, se convierte en un murmullo. Luego, se convierte en un rugido, un tumulto asustadizo y, finalmente, un estruendo en todas partes, de manera rítmica, en llantos uniformes: “Out!... out!” (¡fuera!... ¡fuera!). Al momento, despierta. Un perro ladraba en el patio del vecino y de cada uno de sus “guau guau”, los “out! out!” parecían ser idénticos.

Aquí está el instante infinitesimal que necesitamos.

El yo despierto reaparece, se gira al yo soñante. El otro está ahí. Por unos instantes, se aferra a él sin dejarlo ir.

“¡Te he capturado! Pensé que eras una multitud gritando y eras un perro que ladraba. Ahora, no te debo dejar ir hasta que me digas lo que estabas haciendo”.

A lo que el yo durmiente responde:

“No hacía nada. Ahí es justamente donde diferimos el uno del otro”.

Imagina que en vez de escuchar un perro ladrando, sabiendo que es uno, no haces nada. Ese es el gran error. Sin siquiera darte cuenta, estás haciendo un esfuerzo considerable. Es como si agarraras toda tu memoria, toda tu experiencia acumulada y el fantástico conjunto de recuerdos para imbuirte en ese solo punto.

De alguna manera, el recuerdo que más se adaptó cae exactamente en los sonidos que escuchas. De hecho, deberías obtener una conjunción perfecta entre el recuerdo que evocas y la cruda sensación que percibes. No debería haber discrepancia posterior, aunque, por otro lado, podrías estar soñando.

Este ajuste se obtiene por un esfuerzo de la memoria y la percepción.

Como el sastre que ensaya con un abrigo nuevo las partes que deben ir ajustadas para poder coserlas.

Tu uso, entonces, en todo momento del día, es un esfuerzo continuo.

Tu vida en estado de vigilia es una vida de trabajo. Incluso cuando piensas que no haces nada.

Tienes que elegir a cada minuto.

Escoges las sensaciones que rechazas de tu conciencia, entre las miles que vuelven cada noche cuando duermes. Escoges, con extrema precisión y delicadeza, entre tus recuerdos. Rechazas lo que no calza en tu estado actual.

Esta opción, esta adaptación continua, deviene una condición mayor y más esencial de lo que llamamos sentido común. Sin embargo, esto te mantiene en un estado de tensión ininterrumpida.

No la sientes en el momento, tanto como no puedes sentir la presión de la atmósfera.

A largo plazo te fatiga.

El sentido común es muy fatigante.

“Entonces, repito, difiero de ti, precisamente, en que no hago nada. Simplemente, me abstengo del esfuerzo que me pides.

En vez de apegarme a la vida, me separo de ella. Todo se me ha vuelto indiferente. Me he desinteresado de todo. Dormir es desinteresarse. Uno duerme en el grado exacto

del desinterés. Una madre que duerme con su hijo al lado no se estimulará con el sonido de un trueno, sino con el llanto de su hijo.

¿Realmente duerme en honor a su hijo?

¿No dormimos en honor a lo que nos continúa interesando?".

"Me preguntas qué es eso que hago cuando sueño. Te diré lo que haces cuando estás despierto. Me tomas, al mí de mis sueños, yo, la totalidad de tu pasado y me obligas a calzar dentro de tu acción presente. Eso es lo que es estar despierto. Eso es lo que es vivir una vida psíquica normal. Así es la batalla, así será.

Con respecto a los sueños, ¿hay alguna necesidad que te lo explique? Es el estado al que caes cuando te dejas ir, cuando no tienes más el poder de concentrarte en un solo punto, cuando has cesado de añorar. Lo que necesita mucha más explicación es el fantástico mecanismo por el que obtienes, instantánea y casi inconscientemente, la concentración de todo lo que tienes dentro, respecto del punto que te interesa. Pero explicar eso es tarea de la psicología normal, la psicología de la vigilia. Porque desear y despertar es una y la misma cosa".

Esto es lo que el yo del sueño nos diría. Podría decir otras cosas, si lo dejáramos hablar libremente.

Pero hagamos un breve resumen sobre las diferencias esenciales que separan el sueño del estado de vigilia.

Ejercitamos las mismas facultades, aunque en un estado de tensión, por un lado, y de relajación, por el otro.

Los sueños consisten en toda una vida mental sin tensión, sin esfuerzo ni movimiento del cuerpo. Seguimos percibiendo, recordando, razonando.

Todo eso abunda.

Abundancia, en el dominio del sueño, no significa esfuerzo. Lo que requiere esfuerzo es la precisión del ajustamiento.

Conectar el sonido de un perro ladrando con el recuerdo de una multitud que murmura y calla no requiere esfuerzo. Pero para percibir el sonido del ladrido como tal, un esfuerzo positivo se ha realizado.

Es esta fuerza la que el soñador no tiene.

Es por eso, y solo por eso, que podemos distinguirlo de un hombre despierto.

De esta diferencia esencial podemos realizar muchas otras.

Podemos entender las características principales del sueño. Sin embargo, solo puedo trazar los márgenes del estudio, que depende, especialmente, de tres puntos: la incoherencia, la abolición de los sentidos de duración y, finalmente, la manera en que se presentan ante el soñador las sensaciones actuales.

La incoherencia del sueño me parece bastante fácil de explicar.

No demanda un ajuste completo entre memoria-imagen y sensación, sino, por el contrario, permite un juego entre ellas.

Diferentes recuerdos pueden vestir la misma sensación.

Por ejemplo: puede haber, en el campo de visión, una mancha verde con puntos blancos. Esto podría ser un prado luminoso con flores blancas. Podría ser una mesa de billar y las bolas. Podría ser un lugar con otras cosas a su alrededor.

Esta diversidad de recuerdos es capaz de utilizar la misma sensación para manifestarse. Algunas veces lo logran, uno tras otro. Y así, el prado se convierte en una mesa de billar.

Somos testigos de esas extraordinarias transformaciones. Usualmente, ocurren al mismo tiempo. Todas esas imágenes se mezclan en la sensación y, entonces, el prado será una mesa de billar.

De aquí vienen esos sueños absurdos, donde un objeto se mantiene como es, al mismo tiempo que se convierte en otra cosa.

Como he dicho, la mente enfrentada a estas visiones busca una explicación y, usualmente, agrava la incoherencia.

Otro efecto de la misma causa versa también sobre la abolición del sentido del tiempo. En unos pocos segundos, se nos presentan una serie de eventos que en el estado de vigilia ocuparían días enteros.

Conocen el ejemplo citado por Maury, convertido en un clásico. Lo respeto como probable, por la gran cantidad de observaciones análogas dispersas en la literatura de los sueños. Sin embargo, esa precipitación de las imágenes no es del todo misteriosa.

Cuando despertamos, vivimos una vida en común con nuestros amigos. Nuestra atención a la vida externa y social es la gran reguladora de la sucesión de nuestros estados internos.

Es como una balanza que modera y secciona, en partes regulares, lo indivisible.

Es esta balanza la que está ausente del sueño. Acelerar es abundar, en un signo de fuerza, el dominio de la mente. Es, repito, la precisión del ajuste lo que requiere esfuerzo y de lo que carecen, precisamente, los soñadores.

No es posible esta atención a la vida necesaria para que el interior sea regulado por el exterior, y así, la duración interna se ajuste a la generalidad de la duración de las cosas.

Queda todavía explicar cómo la particular relajación de la mente en el sueño da cuenta de la preferencia del soñador por una imagen-memoria más que por otra.

Se dice que soñamos lo que nos preocupó en el día. En ocasiones, es cierto. Pero cuando la vida psicológica del estado de vigilia se prolonga al sueño, es porque rara vez dormimos.

Un dormir lleno de sueños de ese tipo nos despertaría fatigados.

En el día normal, nuestros sueños tienen que ver, en parte también, con los pensamientos que hemos pasado por alto o con los objetos que hemos percibido casi sin prestarles atención.

Si soñamos con los sucesos más insignificantes del mismo día y no con los más importantes, es porque tienen más oportunidades de reaparecer.

Concuerdo mucho en este punto con la observación de W. Robert, de Delage y de Freud.

Estaba en la calle, esperando un automóvil. Me paré a un lado de la vía y no corrí el menor riesgo. Pero si, al momento que pasaba a mi lado, la idea de un daño posible cruza mi mente, o incluso si mi cuerpo se recogía instintivamente, sin estar consciente del sentimiento del miedo, podría soñar, esa noche, que el automóvil pasó por sobre mi cuerpo.

A un costado de la cama, un inválido de condición desesperanzadora. Si en algún momento, quizás, sin estar pendiente de ello, tuviese algún tipo de sentimiento esperanzador, podría haber soñado que el inválido fue

curado. Podría soñar sobre la cura, aunque es más probable que sueñe con la enfermedad.

Resumiendo: los eventos que reaparecen, por preferencia en el sueño, son los que pensamos de la manera más distraída.

¿Qué hay de sorprendente en ello?

El yo de los sueños es un yo relajado.

Los recuerdos más frecuentes son los que evocan relajación y distracción, los que no soportan el peso del esfuerzo.

Es cierto también que, subterráneamente, la ley que regula la reaparición de recuerdos pueda ser diferente. No sabemos nada de ese indeterminismo profundo.

Los sueños con los que se llena, como regla general, son los que olvidamos. Sin embargo, en ocasiones, recuperamos algo de ellos. Entonces, el sentimiento que experimentamos resulta peculiar, extraño e indescriptible.

Parece ser que hemos vuelto de un espacio muy lejano en el tiempo. Son, sin duda, escenas muy antiguas, de juventud o de infancia, las que revivimos con todos sus detalles.

Un humor colorea una fresca sensación, vanidosamente buscada cuando estamos despiertos.

A este profundo dormir la psicología debería dirigir sus

esfuerzos. No solo para estudiar el mecanismo inconsciente de la memoria, sino también para examinar los misteriosos fenómenos que aparecen por “investigaciones psíquicas”.

No me atrevo a expresar una opinión sobre un fenómeno de esta clase, pero la importancia de las observaciones que he hablado se la debo al infatigable y riguroso entusiasmo de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas.

Si la telepatía influencia nuestros sueños, es muy probable que en este profundo dormir podamos tener una gran oportunidad para que se manifieste.

Pero, repito, no puedo expresar una opinión sobre este punto. He llegado lo más lejos que puedo. Me he detenido en el umbral del misterio.

Para explorar los secretos más profundos del inconsciente, debemos trabajar en lo que llamamos: el subsuelo de la conciencia.

Esta será la principal tarea de la psicología en el siglo que viene.

No dudo de los maravillosos descubrimientos que nos esperan. Tan importantes, quizás, como en siglos anteriores. El descubrimiento de las ciencias naturales y fisicas.

Por último, esa es la promesa que hago, ese es el deseo que tengo para finalizar.

Notas del traductor: Diario de Bergson

1. Conocí a Bergson el 2001, mientras cursaba la carrera de Filosofia en la Universidad de Valparaíso. Bergson ya estaba inevitablemente muerto, pero yo recién agarraba uno de sus libros de la biblioteca del Instituto de Humanidades.
2. En ese tiempo poco entendía de filosofia y quizás esa condición no ha cambiado demasiado. Poco también entendí su pensamiento enmarañado en un tema que, para mí, resultaba oscuro.
3. Recuerdo que leí unas cuantas páginas y lo dejé. Por aquel entonces me interesaba más saber qué era realmente la filosofia, a qué se dedicaba, para qué me iba a ser útil.
4. Me interesaban más los griegos y los lógicos. Bergson fue un capricho inentendible. A los pocos días devolví el libro a su estante sin haber leído más de diez páginas.
5. Era dificil entender conceptos que no tuvieran que ver con lo que podía capturar a través de los sentidos. Bergson me resultaba demasiado místico y, por lo mismo, encontraba que nada se podía sacar de ahí

más que elementos idealizados.

6. Volví sobre él el último año de la carrera. Continuaba siendo un discurso fantasma.
7. No necesité de su pensamiento para titularme y hacer clases en un colegio. Por el momento tampoco lo necesitaba. Me tuve que concentrar en los contenidos que dictaba el programa para enseñanza media. Bergson se convirtió en una sombra.
8. La filosofia me parecía que seguía sin servir para nada. Lo veía en la cara de los alumnos o en la cara misma de los profesores cuando me decían que los chicos no entendían muchas cosas de las que hablaba y enseñaba en la clase.
9. Como la mayoría de los profesores escolares tuve que bajar el nivel y remitirme a guías prácticas, ejercicios de pensamientos y otras modalidades de la filosofia que me parecían superficiales, pero necesarias.
10. No pensé ni en Bergson ni en la losofia por mucho tiempo.
11. Cuando llegué a Buenos Aires me encontré con él nuevamente en el estante de una librería. Por algún motivo, la página que abrí me pareció un horizonte. Quise saber a qué se refería cuando hablaba de "si el espacio está o no en el espacio" o "vamos a pedir a la conciencia que se aísle del mundo exterior y mediante un vigoroso esfuerzo de abstracción, vuelva a ser ella misma".
12. Más me interesé por él cuando leí a en Nietzsche las profundidades y el desconcierto de la tradición.
13. No sé si comprendo a cabalidad su filosofia. Con el tiempo aprendí que lo misterioso es lo vital. Que lo que se nos escapa es lo verdadero.

14. Hice anotaciones en un cuaderno y en el borde de la hoja. Llegué a pensar que nunca dejamos de pensar, que por más que queramos jamás dejamos de pensar.
15. Siguieron muchas preguntas.
16. A pesar de ser contemporáneo de Freud y la teoría del psicoanálisis, Bergson caminaba por otros paisajes. Le interesaban más los límites y las contradicciones del ser humano.
17. Comencé a trabajar en una librería en Buenos Aires. Tuve acceso de inmediato a sus traducciones. Me interesé más aún por lo invisible, lo impalpable, lo imperecedero.
18. Me fui quedando solo. A la gente que conocía por aquel entonces no le interesaba que hubiese algo de lo cual no estamos seguros y que, según ellos, era innecesario. Era su libertad pensar eso, era su libertad también no creer en nada.
19. Es la intuición lo primero, luego viene el pensamiento, el análisis y finalmente lo estático, lo que nos mata.
20. Nunca sentí que muriera cuando leía a Bergson. Ciertamente las cosas se abrían, yo mismo me abría a lugares que pensé irrisorios en algún momento.
21. Dejé la razón de lado y abrí la intuición. En un principio era un momento fugaz, luego se transformó incomparablemente.
22. Me atrajo el inconsciente. Tenía cierta certeza de que era algo más que energía sexual. Lo pensé como una percepción inmediata: “Los razonamientos más sabiamente elucubrados se desploman como un castillo de naipes el día en que un hecho –un solo hecho realmente percibido– llega a chocar contra

esas concepciones y razonamientos”.

23. Había algo en su pensamiento que me llevó a pensar en el sueño. Los psicoanalistas lo habían estudiado con fervor, pero las explicaciones por comparación me resultaban fuera de contexto, alejadas del hombre que las soñaba.
24. Recordaba a los surrealistas. Sentía que allí había algo importante.
25. Buscando otra cosa encontré una conferencia que había dado en 1901 en el Institut Psychologique. Pensé que allí estaban las respuestas.
26. Subrayé lo que me parecía importante y necesario. Experimenté nuevas sensaciones, comprobé otras que estaban citadas.
27. No abría los ojos al despertar. Me quedaba recordando lo que había soñado.

“La verdad es que el yo, sólo por haber experimentado el primer sentimiento, ha cambiado ya un poco cuando sobreviene el segundo: en todos los momentos de la deliberación el yo se modifica y modifica también, en consecuencia, a los dos sentimientos que en él se debaten”.

-->

Índice

La construcción del sueño

"Estas impresiones son el material de nuestros sueños"

La construcción del sueño

Notas del traductor: Diario de Bergson